

# Crisis

¿Por qué la economía del mundo no sigue un curso regular progresivo? He aquí una pregunta que todos se formulan ante el persistente vaivén de los negocios. Ese constante variar de la coyuntura impide poner confianza en el futuro y hace fracasar negocios bien planeados y en realidad productivos para la colectividad, a causa de los períodos de paralización de las ventas.

Dentro de un desarrollo lógico de la economía, nada explica por qué las crisis se producen. El progreso técnico es constante. Más lentos en algunos períodos, ni aunque llegara a paralizarse completamente se pierde por eso lo adquirido, de modo que la producción debiera continuar expandiéndose a expensas de los recursos disponibles. Ni éstos ni las necesidades han disminuído. El marasmo no sobreviene por causas técnicas, sino por causas económicas. Es la falta de demanda lo que detiene la producción, determina la acumulación de géneros que no encuentran salida y provoca el paro, que causa nuevas caídas de precios y salarios y, con ello, menos demanda y ocupación, en una espiral de deflación, típica de los períodos de baja coyuntura.

Según la tesis que estamos exponiendo, las crisis son fenómenos típicamente monetarios. Se explica, sin embargo, que históricamente se les hayan atribuído los más variados orígenes. Siendo la moneda el vehículo que trasmite a todas las partes del organismo social —como la sangre al cuerpo— las influencias que recibe, sus efectos se hacen aparentes a veces en puntos alejados de su verdadero origen.

Lo importante, desde el punto de vista explicativo, en las fluctuaciones económicas no son las fases principales —auge y depresión— sino los puntos de inflexión por los que se pasa de la una a la otra, es decir, las crisis. Si el proceso de auge pudiera desarrollarse indefinidamente, nos llevaría a la máxima prosperidad que permiten los recursos de que se dispone. Lo grave es que la prosperidad no sigue; llegado cierto momento, se quiebra y desemboca en el proceso inverso.

Si la moneda se abandona a sí misma sigue un curso de desvalorización que al principio parece regular, es decir, proporcional al tiempo y al tipo de interés que rige en la economía en cuestión. En realidad ese curso no es una recta, sino una curva parabólica, pues no depende de la ecuación del interés simple, sino de la del interés compuesto. Cuando este proceso de inflación, de cuyos perniciosos efectos se tienen ya repetidas experiencias, se hace muy visible, el temor determina medidas de restricción monetaria que causan una recesión: Baja de precios, superproducción, paro. Al temor a la inflación sucede pronto el temor a la depresión, el malestar de la restricción productiva que obliga a aflojar las medidas de compresión del crédito. Estas acciones y reacciones determinan pequeñas fluctuaciones.

Las grandes fluctuaciones son debidas a circunstancias que impiden la actuación de los mecanismos represores de la expansión monetaria. El más corriente es la guerra. La guerra exige, por razón imperiosa de vida o muerte o de prestigio nacional, llevar

al máximo el esfuerzo laborioso de la nación. Para ello hay que eliminar todos los obstáculos al libre desarrollo de la capacidad productiva, y el más inmediato es la escasez artificiosa de dinero. Los economistas no se han percatado de dos hechos que son esenciales en el problema: Primero, que si no hubiera fuerzas productivas inmovilizadas en el sistema, la expansión y contracción, esto es, la fluctuación sería imposible, pues el dinero en sí no es nada; es sólo el medio, en una economía monetaria, de poner en actividad esas fuerzas paralizadas. En una economía de pleno empleo de los recursos, la expansión monetaria no tendría ningún efecto benéfico; sería una cruda inflación. Segundo: en una economía contraída donde hay que poner en acción fuerzas expansivas latentes, es necesario a ese fin la expansión del crédito, mas ello no debe envolver necesariamente la inflación. Keynes, al suponer caprichosamente que en nuestro sistema económico la inflación no se produce sino a partir del momento en que todos los factores productivos ociosos han sido absorbidos, ha venido a reconocer indirectamente que lógicamente la expansión debiera verificarse a nivel de precios constante cuando aquellos factores ociosos existen. Lo que no vió es que para ello hay que eliminar las causas que imponen el alza progresiva de los precios en todo proceso de expansión.

Es curioso —y en cierto aspecto trágico— el hecho observado de que la guerra haga progresar a los países, al menos técnicamente. En una economía de pleno empleo, el hecho no tiene explicación. En una economía contraída, después de la expansión forzada es natural que algo quede. Contribuiría mucho a conjurar la guerra el que la expansión se verificase gradualmente a medida de las posibilidades.

También demuestra la experiencia que si la expansión acompañada de inflación es fácil y se cumple con una sensación de euforia, no es posible hacer después marcha atrás. Cuando se trata de hacer esto, como se intentó en Inglaterra en la primera postguerra, la crisis se intensifica terriblemente, y es preciso desistir. Se comprende que si ya es violenta una represión monetaria que se limite a impedir la devaluación espontánea, una represión más intensa que eleva el valor de la moneda lleve a un estado de miseria totalmente insoportable.

No es la guerra la única causa de las grandes fluctuaciones. Estas son propias de todo proceso expansionista, como el de la industrialización de los países, política que no puede desarrollarse sin un grado mayor o menor de inflación. Ahora bien ¿sería posible dejarse llevar del camino fácil de la inflación como medio de desarrollo industrial o de eso que ahora se llama expansión de las áreas deprimidas o atrasadas?

Si por ello se entienden procesos de avance no acompañados de inflación, de crisis y de depresión, no. Esto supondría la posibilidad de detener en un momento dado la inflación, una vez conseguido el objetivo, sin causar una recesión depresiva, cosa imposible según mi punto de vista. Tampoco es

factible prolongar indefinidamente la expansión sin que sobrevenga la crisis. La inflación tiene por resultado ir desarticulando la economía, al alterar las retribuciones reales de sus partícipes. La colectividad se va dividiendo en dos clases: la de los que teniendo más ingreso nominal o el mismo, van perdiendo poder adquisitivo por el aumento de coste de la vida, y los que pierden menos por ese aumento de lo que ganan por el incremento de los ingresos. Los primeros no pueden comprar tanto como compraban, y los segundos no compran tanto como han dejado de demandar los primeros.

Decía Keynes que para aumentar el poder de

compra de la colectividad había que igualar las fortunas castigando con el impuesto a los económicamente fuertes. La inflación obra precisamente al revés, de modo que llega un momento en que la demanda nominal no aumenta lo que se incrementa la renta también nominal. A partir de ahí el consumo no absorbe toda la producción, sobre todo la de artículos de lujo y de uso secundario. La demanda se concentra sobre los artículos de primera necesidad, los cuales suben de precio más que los otros. Entonces la expansión termina y la recesión comienza.

GERMAN BERNACER